



EN el malevo barrio de Boedo, Buenos Aires, fue tomada esta foto. Era el año 1897. El niño, de sólo un año y medio de edad, tuvo una infancia pobre y una juventud plena de curiosas aventuras. Este pequeño, después de trabajar en las más rudas tareas, se destacó por sus dotes de escritor. Recientemente, haciéndole justicia a sus obras, se le acaba de otorgar el Premio Nacional de Literatura. Se llama Manuel Rojas.

MANUEL

EX ANARQUISTA, LANCHERO, PINTOR

CONSUETA Y ARRIERO, RECIBIO EL

El jurado encargado de otorgar el Premio Nacional de Literatura eligió este año a Manuel Rojas. Al revés de lo que ocurre todos los años, esta vez no hubo descontentos. La prensa, en general, acogió la designación de Manuel Rojas como un gran acierto del vapuleado jurado. Juan de Luigi, el gran crítico literario, comentó: "Es simple y pura justicia. Simple y puro reconocimiento de una jerarquía, de un mérito, de una alcurnia innegable que distinguen a Manuel Rojas de todos los literatos chilenos. —Y se pregunta de Luigi—: ¿Por qué no se le premió antes?" El mismo crítico añade que Manuel Rojas no necesita el premio para ser quien es, que no lo honra, sino que, por el contrario, Manuel Rojas honra al Premio, y éste al jurado.

Manuel Rojas, Premio Nacional de Literatura de 1957, hijo de padres chilenos, nació en Buenos Aires el 8 de enero de 1896. Es un hombre alto, macizo, típicamente criollo. Su aspecto externo concuerda perfectamente con sus vigorosos escritos. Es sencillo y, pudiera decirse, sobrecargado de humanidad.

"VEA" lo sorprendió en su domicilio de la calle Llewellyn Jones 1212. Manuel Rojas, que está sentado frente a su máquina de escribir, se levanta a recibirnos. Se quita los anteojos para mirarnos (!) y nos saluda amablemente. Estamos en su escritorio-biblioteca, en su fábrica de sueños, donde día a día hilvana sus escritos de poderosa garra. El sol entra por un amplio ventanal. De noche se ilumina con una lámpara cuya base es un rústico chucico de vino que, por supuesto, está vacío.

No es un hombre locuaz, pero en pocas palabras nos cuenta su vida:

—Nací en la capital de Argentina, en el barrio Boedo, barrio de los guapos que protagonizaron muchos tangos de la "Guardia Vieja". A los 3 años de edad llegué a Chile con mis padres, para volver a Argentina un año después. Allí viví hasta los 17 años. Pero ya a los 14 comencé a ganarme la vida trabajando de peón en la maestranza de los Ferrocarriles.

—¿Cómo llegó a Chile?

—Un afán de aventuras, de conocer mundo, me llevó a Mendoza. Allí me contrataron para trabajar, como peón, en la construcción de unos túneles en Las Cuevas, casi en el límite con Chile...

Manuel Rojas narra este pasaje de su vida en el primer cuento de su libro "Hombres del Sur". En él recuerda que trabajaba en la cosecha de la uva. Cuando la cosecha terminó, buscó trabajo en la cordillera. "Yo era un muchacho de 17 años, alto, esmirriado, y con aspecto del débil; hacía mi aprendizaje de hombre..." "Embarcados en un vagón de carga, hacinados como animales, partimos de Mendoza en dirección a la cordillera..." Cuando terminó el trabajo volvió a Mendoza. Días después, a pie, acompañando a dos anarquistas chilenos, iniciaba un penoso viaje cuya meta era Santiago. Así regresó a Chile, lo

mismo que Sarmiento, atravesando el macizo andino a pie.

—Cuando llegó, ¿a qué se dedicó?

—preguntamos.

—Seguí trabajando de peón. En Valparaíso fui lanchero, carpintero, y después pintor.

—¿Cómo tomó sus primeros contactos con la literatura?

—Yo era anarquista. Como tal escribía artículos en "La Batalla", un periódico anarquista de Buenos Aires. En esa época conocí a José Domingo Gómez Rojas (primer poeta mártir de Chile. Murió en una celda del "Patio Siberia" de la Penitenciaría de Santiago). Fue él quien me impulsó a escribir versos.

—¿Qué tales eran?

—Quer versos eran muy malos... Pero el anarquismo no sólo me llevó a la literatura, sino también a la cárcel. Estuve preso varias veces en Valparaíso y en Santiago. Todo esto era alrededor del año 1914.

—¿Qué estudios hizo?

—Estudié hasta la 4.^a Preparatoria... pero siempre fui un gran lector de cuanto libro caía en mis manos.

Manuel Rojas prosigue narrando aspectos de su vida. Con su sencillez les resta importancia a los más extraordinarios hechos que jalonaron sus agitados años juveniles.

En Valparaíso y Santiago alternó sus actividades anarquistas con los más diversos oficios que le permitían subsistir con grandes privaciones. Aprendió el oficio de linógrafo. De día trabajaba en las linotipias de los diarios santiaguinos y de noche era consueta de alguna compañía teatral. Como tal vivió las más curiosas experiencias.

—En 1920 —nos dice— era apuntador, o consueta, de la Compañía Teatral de Alejandro Flores. Fui a Chiloé y después a Punta Arenas. La Compañía quebró y quedé botado en aquella ciudad.

—¿Cómo regresó?

—La Beneficencia Pública nos dio los boletos a los que quedábamos. Regresé a Santiago como impedido, con un certificado donde decía que yo estaba loco...

Manuel Rojas sonríe bonachonamente al solo recuerdo de sus andanzas como consueta. Sin embargo, no obstante su pobreza y haber sido declarado demente por la Beneficencia, su figura ya se



EL escritor con su familia en pleno. Sentada, su esposa, doña Valeria López Edwards; de pie, la madre de ella y los hijos del vigoroso novelista: María Paz, Patricio y María Eugenia. Manuel Rojas vive modestamente del producto de tres jubilaciones. Sus libros, a pesar de ser verdaderos éxitos literarios, no producen lo suficiente para poder subsistir en forma decorosa. "Cada libro que se publica debiera ser premiado", ha dicho a la prensa.

ROJAS

DE BROCHA GORDA, PEON DE CAMPO,

PREMIO NACIONAL DE LITERATURA

Centro de Estudios de Literatura Chilena

perfilaba en el mundo de las letras chilenas. En 1918, en la Antología de poetas chilenos "Los Diez", que recopiló Pedro Prado, apareció un soneto de Manuel Rojas: "El Gusano".

—Después de volver como impedido de Punta Arenas —prosigue el escritor— entré a la Compañía de Mario Padín. No había quedado escarmentado. Volví a salir en una jira por el interior del país y por Argentina. Allí me quedé trabajando de linotipista en el diario "La Epoca".

—¿Cuánto tiempo?

—Tres años; 1921/22 y 23. Era una época muy dura... En 1922 fui en un diario las bases de un concurso de cuentos. Los premios, \$ 150 el primero y \$ 100 el segundo, me tentaron. La necesidad imperiosa de dinero me hizo escribir un cuento. Lo hice sobre una base real, sobre un compañero de trabajo que murió dramáticamente en la cordillera. El día que debía aparecer el resultado del concurso en los diarios, yo tenía en mi bolsillo solamente una moneda de diez centavos. Gastarla significaba volver a pie al lugar donde vivía. Me decidí a caminar y compré el diario. Allí estaba mi nombre, como ganador del segundo premio. Sin un cobre hice a pie el largo recorrido hasta mi casa, sintiendo ya, dentro de mi bolsillo vacío, el reconfortante calor de los cien pesos nacionales.

—Al regresar a Chile —prosigue Manuel Rojas— trabajé en "La Nación", y "El Ilustrado" como linotipista. Lo mismo hacía en "Federación Obrera", diario comunista que dirigía Luis Emilio Recabarren. En 1926 publicó Nascimento mi primer libro, "Hombres del Sur", y en 1927 publicaron "Tonada del Transeúnte".

—¿Ganó algo? —preguntamos.

—Sí, me dieron \$ 1.000 por los dos libros. Fue la primera vez que tuve monedas de oro...

—¿...?

—Cuando fui a cambiar el cheque me dieron diez monedas de oro. Posteriormente jamás he tenido ninguna; sólo las he visto en las vitrinas.

Pedimos al escritor que nos enumerara sus libros cronológicamente. No los recuerda y acude a las "solapas" de sus libros. En 1929 se editó "El Delincuente", cuentos; en 1932, "Lanchas en la Bahía", novela; en 1934, "Travesía", cuentos; en 1936, "La Ciudad de los Césares", que es usado como texto de estudio en la Universidad de Stanford, de los Estados Unidos. "De la Poesía a la Revolución", ensayos y artículos, fue editado en 1938. En 1942, una biografía de José Joaquín Vallejo, el conocido Jotabeche. "El Bonete Maulino", cuentos, en 1943. A éste le sucede su más grande creación, "Hijo de Ladrón", en 1951. En 1954 publica un libro de poemas, "Deshecha Rosa", y en 1955 "Imágenes de Infancia", cuentos.

Actualmente Manuel Rojas tiene una novela en preparación, que se desarrolla en distintos lugares.

En 1928, siendo linotipista de "La Nación", se casó con doña María Baeza, quien falleció en 1936. Tuvieron tres hijos: María Paz, María Eugenia y Patricio. Posteriormente, en 1941, volvió a casarse: con doña Valeria López Edwards.

Eduardo Barrios nombró a Manuel Rojas, en el año 1929, empleado de la Biblioteca Nacional. Dos años después se hacía cargo, como director, de las prensas de la Universidad de Chile. Más tarde, dirigió "Los Anales" de la misma Universidad, hasta 1955, año en que jubiló.

—¿Sigue militando en política? —le preguntamos.

—Un poco, y ahora estoy totalmente alejado. Pertenecí al Partido Socialista Popular hasta que me retiré cuando proclamaron a Ibáñez.

—¿Sus libros le dan para vivir?

Manuel Rojas sonríe de nuestra ingenuidad.

—Tengo tres jubilaciones. Como empleado público recibo \$ 45.000 mensuales, \$ 10.000 como periodista y \$ 5.000 del Hipódromo Chile.

—¿Qué hacía en el Hipódromo Chile?

—Era desarrollador y vendía cartillas... Proseguimos charlando. Confiesa estar influido por todos los libros que leyó, pero por ningún escritor en particular. Su libro "Hijo de Ladrón" fue reeditado varias veces y transpuso numerosas fronteras: Argentina, Estados Unidos, Inglaterra, Austria, Yugoslavia e Italia. Tiene suscrito un contrato con Finlandia y Suecia, donde su novela será editada este mismo año.

—El tema de "Hijo de Ladrón" —preguntamos— ¿es en base a una experiencia personal?

—Hay de todo...

—¿Su padre era un ladrón, un delincuente habitual?...

—No. Era un simple comerciante. Murió antes que mi madre, y en la novela aparece muriendo después.

—¿Esperaba el premio?

—Por supuesto que sí. Hacía tres o cuatro años que me decían: "Voy a votar por tí", pero esto mismo el Jurado lo dice a casi todos los escritores con posibilidades al Premio Nacional de Literatura.

Para Manuel Rojas el "Premio" nada significa, ni le da mayor importancia. Esto no es pose. El escritor es así; jamás pasó de consuetud y ya no llegará a ser actor. De allí su espontaneidad, sus maneras sencillas, sobrias, al igual que sus vigorosas páginas, que lo han consagrado como uno de nuestros mejores novelistas. Ajeno al Premio, prosigue su fecundo talento creador teclando sobre una máquina de escribir; de día iluminado por el sol, de noche por la lámpara que fabricó con un chuique vacío.